

## Centenario de Eça de Queiroz

**J**AL vez ningún escritor europeo representa intelectualmente a su patria como Eça de Queiroz. El Portugal literario, a cuarenta y cinco años de su desaparecimiento, sigue encarnándose en la figura del autor de la «La Reliquia». Todavía no ha surgido otro valor que pueda reemplazarlo en la apreciación universal. Por esto el centenario del nacimiento de Eça de Queiroz que se ha celebrado en estos días,—nació, precisamente, el célebre ironista en Povoá de Varzim el 25 de noviembre de 1845,—merece señalarse como fecha señera en la historia de las letras lusitanas. Si Guerra Junqueiros es su poeta moderno así como Camoens fué su bardo clásico, Eça de Queiroz es su prosista y uno de los primeros escritores europeos de la segunda mitad del siglo XIX.

Hombre cosmopolita por sus gustos, de muchas lecturas y de avanzadas ideas liberales, su formación literaria es netamente francesa. La huella dejada por los escritores franceses en su espíritu, especialmente por Flaubert, se denuncia en su preocupación de la forma, la fluidez y elegancia de su estilo, su realismo psicológico y su afinado sentido estético. El mismo lo declara en carta dirigida a Oliveira Martins: «Mis novelas en el fondo son francesas—le escribe en 1884—como yo soy en casi todo un francés, excepto en cierto fondo de sinceridad y de tristeza lírica, que es una característica portuguesa, en un gusto depravado por el FADINHO y en el usto amor al bacalao con cebolla. En todo lo demás soy francés de

provincia. Ni podía ser de otro modo. Ya en el patio de la Universidad, ya en la Plaza del Rocío, fuí educado y me eduqué yo mismo con libros franceses, sentimientos franceses e ideales franceses».

En esta confesión encontramos fuera de la sinceridad portuguesa que él se reconoce, la natural tendencia a reteñir y caricaturar sus afirmaciones tan propia de su temperamento cáustico y humorístico. Para sopesar justamente su personalidad hay que colocar en el otro extremo de la balanza su admirable poder de evocación—recuérdese «La Muerte de Jesús», sus leyendas de santos «San Cristóbal» y «San Onofre»—su fantasía inagotable, su sensibilidad ante el paisaje y ese sentimiento indefinible de nostalgia—la saudade se oculta tras muchas de sus irónicas páginas—por todo lo dejado atrás en la vida de algunos de sus personajes, los más representativos de su novelística. Todas estas son cualidades intrínsecas del alma lusitana.

Eça de Queiroz fué un talento múltiple en sus expresiones intelectuales, y en todas ellas destacó la genialidad de sus facultades: periodista combativo, cronista literario a la manera francesa, historiador y reconstructor de épocas, ensayista penetrante y por sobre todo novelista, maestro en la creación de tipos. No sólo criticó con incisiva mordacidad la decadencia de la sociedad de su tiempo, lo que le acarreó numerosos enemigos y el ser tildado de antipatriota; también puso de relieve con agudeza satírica la vaciedad de una civilización materialista y sin espíritu. Su amor a la tierra nativa le permitió describir con lirismo de poeta y maestría de paisajista los panoramas portugueses; para su gloria de novelista a una vasta galería de personajes que son verdaderos arquetipos humanos. Bastarían para inmortalizarlo ese Fradique Mendes, prototipo de la casta aristocrática e intelectual de los antirománticos, el Gran Pacheco que sigue vivo y lo encontramos en tantas figurones de la política de nuestros días y Gonzalo Mendes Ramirez, de «La Ilustre Casa de Ramírez» en quien puso Eça de Queiroz mucho de su mentalidad y su psicología.

Como hombre y como escritor el autor de «La Ciudad y las Sierras» rindió culto a la verdad y a la libertad de pensamiento; verista sagaz pintó descarnadamente la moral de sus contemporáneos, atacó con virulencia la hipocresía de la sociedad a que pertenecía y deformó con rasgos caricaturescos la endeblez de sus tipos; pero su genial humorismo supo poner siempre «sobre el cuerpo desnudo de la realidad el manto diáfano de la fantasía», como el mismo definió su arte de novelador y como está escrito en el pedestal de su estatua de la Plaza Barão de Quintella, de Lisboa.